

INDESEABLES, OLVIDADOS Y DEPRIMIDOS

Como se vio en estas páginas, a lo largo del tiempo las sociedades occidentales han construido distintas concepciones de la experiencia de la tristeza, la soledad y el temor, emociones vinculadas durante siglos tanto con la melancolía como con la depresión. La construcción cultural de estos padecimientos emocionales ha venido acompañada, a su vez, de distintas maneras de ver a los enfermos melancólicos o depresivos. Más allá de las diferencias en el significado que han tenido la melancolía y la depresión, y entre aquellos hombres y mujeres que las han padecido, lo cierto es que estas experiencias y estos sujetos se han definido a partir de lo que Occidente ha concebido como “lo que puede aceptarse o admitirse y lo que no” dentro de eso que en cada momento se ha pensado como el orden social “sano y cuerdo”.¹⁹⁸

En su *Melancholy: the Western Malady*, Matthew Bell ha recordado a Foucault para explicar cómo durante siglos “los locos, los enfermos, los ociosos, los desempleados o los pobres” han sido agrupados bajo la categoría de los “sin razón” para

¹⁹⁸ En palabras de Matthew Bell, la depresión ha generado sujetos socialmente no admitidos, disfuncionales socialmente. Ver Matthew Bell, *op. cit.*, p. 6.

ESTELA ROSELLÓ SOBERÓN

aislarlos y excluirlos de la sociedad.¹⁹⁹ En realidad, a lo largo del tiempo, cada sociedad y cada época ha generado comunidades emocionales formadas por distintos “indeseables” o personas consideradas “desechables”, a quienes se ha confinado a la experiencia de la tristeza, el abandono, la indefensión, la violencia, el abuso y la desolación.

Basta pensar, por ejemplo, en las comunidades de esclavos negros en Estados Unidos en el siglo XIX, en las de judíos en la Alemania nazi, en las de personas infectadas con VIH en los años ochenta del siglo pasado o en las de migrantes centroamericanos que intentan atravesar México actualmente. Más allá de las muchas diferencias que todos estos grupos humanos pueden tener entre sí, lo cierto es que todos ellos han compartido el haber sido depositarios del desprecio, el odio, la indiferencia o el olvido de sus contemporáneos.

La construcción cultural de dichas comunidades emocionales ha obedecido a procesos sociales y culturales en los que vale la pena detenerse un momento. Y es que estos grupos humanos han cobrado existencia, por un lado, a partir de la mirada de “los otros”, que los han definido de cierta manera, y, por otro, mediante elementos emocionales que han dado sentido a identidades compartidas por quienes se sienten parte de dichas comunidades.

Efectivamente, en distintos momentos históricos, los “negros”, “los judíos”, “los sidosos”, “los migrantes”, por mencionar solamente algunos ejemplos, han sido depositarios de los miedos, los estereotipos y los prejuicios con los que ciertas sociedades han dado sentido a la realidad. Es curioso pensar

¹⁹⁹ *Idem*. Foucault puntualizó que a partir del siglo XIX la estrategia del Estado para liberarse de los sectores “indeseados” fue confinarlos en asilos o instituciones mentales.

MELANCOLÍA Y DEPRESIÓN EN EL TIEMPO

que la construcción imaginaria de dichas comunidades de indeseables haya obedecido en parte a la necesidad humana de excluir y apartar todo aquello que no se quiere cerca y que se concibe como asqueroso y repugnante; como todo lo que no pertenece a la realidad segura, propia y conocida, que es en la que la mayor parte de los seres humanos busca vivir y desea conservar. De esta manera, en el afán de mantenerse “a salvo” de lo “distinto” y “limpio” de lo que se considera ajeno o impuro, los seres humanos construyen colectividades imaginarias de sujetos “peligrosos” y “amenazantes”, pero sobre todo despreciables y abandonables a su suerte.

En ese sentido, es curioso pensar en lo que sostiene Sara Ahmed: que los sujetos colectivos son siempre entes emocionales. De acuerdo con la autora británica, esta característica es la que les da un lugar en las relaciones de jerarquía y de poder de la sociedad, de acuerdo con los significados y valores culturales que adquieren en cada momento.²⁰⁰

Ahora bien, por otro lado, es importante señalar que los sujetos que forman parte de estas comunidades imaginarias de “indeseables” comparten ciertas experiencias emocionales de marginación y desprecio que nutren su identidad colectiva.

Si bien dichas comunidades emocionales no han sido vistas o descritas como “melancólicas” o “deprimidas”, una mirada cuidadosa de las emociones y sensaciones que han dado sentido a su existencia puede arrojar pistas de que estos grupos humanos vivieron o viven condenados a la melancolía o la depresión. Ciertamente, el universo sensible que dio sentido a su vida cotidiana estuvo conformado por fuertes dosis de tristeza, agotamiento vital, desesperanza, miedo y enojo.

²⁰⁰ Ahmed, *La política cultural de las emociones*, UNAM, Ciudad de México, 2018, p. 22.

ESTELA ROSELLÓ SOBERÓN

En muchos casos, los individuos pertenecientes a dichas comunidades incluso han sentido culpa de ser lo que son y han experimentado la sensación de merecer todo el dolor y toda la desolación que les rodea.

El desprecio y el maltrato que han recibido de sus sociedades ha llegado a convencer a muchos de que su vida no vale nada, de que su existencia es prescindible; el lugar en el que los otros los colocaron les ha hecho sentir que son desechables, sustituibles, igual de despreciables que todos los demás miembros de su comunidad emocional. Bajo este universo sensible, la vida se vuelve difícil, pesada, casi insoportable. Sin embargo, también es verdad que en todas las épocas, muchos hombres y mujeres confinados a la experiencia del dolor y el sufrimiento propio de dichas comunidades de “desechables” mostraron fuertes deseos no solamente de sobrevivir, sino de hacerlo con dignidad, y de encontrar momentos de alegría, esperanza y resiliencia. Es posible que, tal como lo explicó Victor Frankl en su famoso *El hombre en busca de sentido*, la clave para esto se haya encontrado en las posibilidades que, aun siendo mínimas y que a veces han surgido de lo que parece más trivial e insignificante en la vida, han permitido que muchos hombres y mujeres desolados hayan sido capaces de encontrar el valor de su existencia incluso allí donde aparentemente no había más motivos o razones para vivir.

Hoy, las sociedades contemporáneas han generado sus propias comunidades emocionales de desechables, olvidados y deprimidos. Es obligación de los Estados y de los ciudadanos reintegrarlos al orden social, brindarles alternativas materiales, intelectuales y espirituales que les permitan reencontrar la salud y la energía que les hace falta para volver a reconocer su valor como personas.